

LOS "CORPUS" DE GUATEMALA

En El Porvenir de C. A.

23 de octubre de 1896

Uno de los grandes jueves del año, aquél en que esté señalada la festividad religiosa del "Corpus Christi", es el punto de partida para que se celebren alegres ferias dominicales y verdaderas exposiciones de bellezas femeninas.

No sólo en Navidad gozan los niños de fiestas y agasajos especiales. También el Corpus les deja recuerdos agradables y ellos enloquecen á la familia y al vecindario, haciendo sonar y resonar los pitos con que se les obsequia en esos días de los Corpus en Guatemala.

El gran jueves, indios y no indios ocupan el lado de la plaza á cuyo frente queda la catedral. *Micos* en una variedad más extensa que la que puede encontrarse en nuestras selvas americanas; pitos cuyo son desgarran los oídos, y otras clases de juguetes tras de los cuales se van las miradas y los deseos de los chicuelos, forman una parte del comercio. Las hermosas peras, no tan buenas como las pequeñas que se producen en Los Altos y que despiden embriagante olor; los melocotones provocadores y sabrosos, los duraznos mezclados á los albérchigos, los rosarios de manzanilla, los nances, en fin, cuantas frutas son propias de la zona guatemalteca, excitan el deseo de comprarlas, de comer algo de ellas, á buena cuenta, mientras se vuelve á la casa, llevando la tentadora carga de las compras del día.

Desde las primeras horas de la mañana, la afluencia de los paseantes que circulan por la Plaza de Armas es notable. Abrasa el sol y las damas indiferentes se agrupan, charlan, ríen, defendiéndose de los ardientes rayos con la débil protección de las sombrillas. Los hombres son autómatas que obedecen la voluntad y siguen la dirección de las mujeres. Muchos parecen clavados en tierra y sólo es movable en ellos la mirada. Son amartelados que en éxtasis contemplan á sus novias ó pretendidas. Algunos, espíritus fuertes, los miran y los declaran poseídos de invencible demencia.

Entre tanto ha avanzado el tiempo y anuncia el repicar de las campanas que en el interior del templo se verifica la solemne procesión acostumbrada en el día. En Guatemala ya no se permite la inconveniente ocupación de la vía pública, erigiendo en ella altares, como acontece en El Salvador y Costa-Rica, por ejemplo. El catolicismo no puede salir del límite natural de sus iglesias.

Es típico de esas procesiones que figure en ellas una orquesta de indios, y á la par de los cánticos sagrados y de las armonías del órgano, se escucha el extraño ruido de los pitos y tamborones con que la raza autóctona manifiesta el fervor que la domina. En cuanto á las clases distinguidas, revelan más el acatamiento á la moda, que la pasión por el dogma y por las prácticas del culto.

Sin embargo, el Corpus de catedral es apenas la primera palabra, la fiesta con que comienzan otras más brillantes y más populares, que aun cuando son del mismo género, tienen reconocida importancia y son afamadas por tradiciones no desmentidas, tales como los Corpus de San Sebastián, del Calvario y del Cerro del Carmen, verdaderas solemnidades en Guatemala.

Sobre todo, el último da ocasión para un bellissimo espectáculo. Ya ha publicado este periódico la vista del Cerro del Carmen, pequeña eminencia situada al norte de la ciudad de Guatemala. En la tarde del día de la fiesta, la calle que al cerro conduce, las faldas y la cima de aquél apenas dan sitio para la muchedumbre que acude á esos lugares á pasar dulces, amenas é inolvidables horas.

La celebración de los Corpus es general en toda la República, y hay un pueblo, en las cercanías de la Antigua Guatemala, á donde debe ir á presenciarla el que desee formarse una idea de cómo el indio tiene en sí mismo bellísimas condiciones para progresar, cuando bien se le dirige. El pueblo á que nos referimos es San Antonio Aguascalientes y para la época de la entrada de las lluvias, nada tan pintoresco puede hallarse, como el camino entre la Antigua y ese pueblecito encantador.

En los surcos, las hojas verdes de las milpas que comienzan á desarrollarse y de las matas de frijol, nuevas y lucientes, alegran la vista y llevan la memoria al recuerdo de las *Geórgicas*. No hay un pedazo de tierra, ni en los llanos ni en los montes, que no haya cultivado la mano diligente de los indios. El camino, bien cuidado, limpio; las cercas de las heredades perfectamente podadas. Blanco, muy blanco el caserío. Las calles tan aseadas como pudiera exigirlo la higiene más escrupulosa. Colgaduras de papel, cortinas, etc., como adorno... En los ángulos de la plaza principal, cuatro capillas de mampostería y en ellas los altares para la procesión. La misma feria y los mismos artículos de venta. Los indios, robustos, de calzón corto, exhibiendo músculos que opondrán invencible resistencia en la lucha del trabajo. Las indias con sus vestidos de gala y con hachones de cera, alumbrando en la procesión, y multitud de personas que acuden de varios puntos, para pasar un día que siempre es grato y memorable.